

LOS «PIQUETES», CHANTAJE A LA LIBERTAD DEL TRABAJADOR

A Madrid y su cinturón industrial se le calcula un millón de trabajadores. Y, según estimaciones dignas de crédito, han secundado la huelga unos cincuenta mil o cincuenta y cinco mil. La desproporción absoluta entre ambas cifras autoriza a la más clara y rotunda afirmación del fracaso total de la convocatoria revoltosa del 1 de octubre, mezclo de huelga y jornada de lucha.

El fracaso ha sido todavía mayor si se tiene en cuenta que la acción de los «piquetes» no ha permitido la libertad de decisión de los obreros en bastantes centros de trabajo; de muchos de los cuales cabe pensar que tampoco, sin mediar las coactivas amenazas de estos repudiabiles «piquetes», hubiesen registrado paros. Pero se ha recurrido a todo: a los «piquetes» y a las falsas noticias para propagar la huelga.

Si nadie debe ser coaccionado, y menos en nombre de la libertad democrática, reviste todavía máxima odiosidad la coacción de los «piquetes» ejercida, sin prescindir de insidiosas amenazas, sobre los trabajadores. Se trata de una de las formas más viles del chantaje que quepa imaginar. Porque, para mayor indignidad, los «piquetes» no actúan sólo en los lugares de trabajo de sus componentes, sino que recorren otros centros laborales de su mismo o distinto sector.

Cuando se haga, que algún día se hará, una regulación lógica y normal de la huelga, deberá contemplarse, con cuidadosa atención jurídica, la figura y actuación coactiva de los «piquetes». Con cuidadosa atención a todos los aspectos punibles que la acción de los «piquetes» lleva consigo.

Otros «piquetes» han actuado —sin conseguir tampoco remontar el fracaso— contra tiendas, comercios, autobuses, coches particulares, etc. Habrán producido, naturalmente, daños materiales, pero también han incurrido en una conducta intolerable, llena de fanático desprecio a la libertad humana, a los derechos de los demás ciudadanos, a las opciones o actitudes contrarias a su deplorable comportamiento.

En cualquier caso, la acción de los «piquetes» es una prueba flagrante de la tiranía y el totalitarismo que inspiran las ideologías a las que sirven. Con un abuso semejante sobre el compañero, sobre el prójimo, sobre el conciudadano, es una estúpida y cínica monserga predicar y tratar de imponer una huelga contra residuales fascismos o contra reformas políticas.

La inmensa mayoría de la población trabajadora de Madrid ha reaccionado

dignamente, en uso de sus propias opciones, contra la huelga. Y se ha mantenido al margen de la jornada de lucha. Con esta anchísima y sensata mayoría tiene esperanzas fundadas la democracia.

Las fuerzas del orden público se han comportado durante toda la jornada, ejemplarmente. Merece público elogio y reconocimiento. Que debe extenderse, y así lo hacemos, a la prudente serenidad de la actitud gubernamental.